

## LOS HOMBRES-NIÑOS (de la moratoria social a la subjetividad en la marginación)\*

*Dr. Mario Torres Pereyra\*\**

Intentaré reflexionar sobre el proceso de subjetivación de niños y adolescentes en situación marginal a partir del concepto sociológico de “moratoria social” para aventurar luego alguna reflexión desde el Psicoanálisis. Se tratará de un ejercicio de reflexión sobre la construcción del sujeto, esto es, la estructuración psíquica en un sector particular de nuestra niñez y juventud considerado en su entorno social y en su historia. Con este tipo de empeños se enriquece nuestra ciencia y se habilita para abordar campos nuevos.

Estas reflexiones se enmarcan además en el contexto social y político actual en que las ideas viejas y nuevas se mezclan, se potencian o se contradicen con una intensidad muy lejana a la reflexión sosegada de antaño, cuando partíamos de supuestos saberes constituidos y vivíamos en sociedades aparentemente más armónicas. La política y la economía de los últimos tiempos y sobre todo en el tercer mundo, han sido nefastas para las grandes mayorías. Hoy en día, ante una nueva concepción del arte de gobernar que no es más que otro fracaso de los Estados para resolver los problemas de la gente, la vieja política (y los viejos políticos) está en crisis y gradualmente ganan posiciones quienes pretenden refundar el Estado sobre bases nuevas.

La sociedad civil en tanto tal juega un papel cada vez más importante. Frente al sujeto posmoderno que se propone como modelo (aislado,

\* Trabajo enviado para el Coloquio de septiembre sobre Adolescencia, en Montevideo.

\*\* Médico. Psiquiatra. Psicoanalista. E-mail: mtorresg@adinet.com.uy - Montevideo

consumista, narcisista, excluyente, competidor salvaje y obsesionado con la ilusión totalizadora de la posesión de cosas), se moviliza oponiéndose al sistema actual, revaloriza la acción directa en el espacio público con la esperanza de encontrar nuevos caminos y va resignificando la noción de comunidad. Lewkowicz<sup>1</sup>, un historiador de las subjetividades recientemente desaparecido, describió los efectos sobre la subjetividad en los ciudadanos al perder al Estado y a la Ley jurídica como referentes y organizadores fuertes. El fracaso de la función de gobernar en el sentido más profundo del término, ha derivado en la crisis de la función simbólica de los Estados y del poder legítimo que debe emanar de ella, y ha sido sustituida por la sumisión cómplice al poder del capital transnacional o, en muchas oportunidades, por la sumisión al poder de las armas.

En nuestro país, vivimos una severa descomposición del tejido social, con un crecimiento exagerado de la desocupación, una fuerte infantilización de la pobreza, gran crecimiento de la marginalidad sobre todo de niños y jóvenes, la destrucción de las estructuras familiares tradicionales, una deserción escolar progresiva, el incremento de la violencia, etc. Este panorama empeora día a día y tiene consecuencias socio culturales y subjetivas severas. Se desarticula fuertemente la trama social y se hipoteca el futuro del país.

Frente a este panorama, hay un lugar para toda reflexión y acción que tome al hombre, su dignidad y su derecho a desarrollarse en libertad como razón de ser.

Desde la acción solidaria más modesta hasta la reflexión científica más elaborada, todos podemos aportar a esta causa. En nuestro caso, lo acuñado como saber psicoanalítico en la práctica habitual del consultorio, son referencias importantes pero hasta cierto punto. En esto de pensar sobre los márgenes, se hace camino al andar.

### **Desde donde pensamos**

Este aporte surge de la experiencia en el “Grupo de Investigación y Acción sobre Infancia y Adolescencia Marginadas” con varios años investigando la subjetividad de niños y jóvenes, en general institucionalizados. Esto significa básicamente cuatro cosas: a) Que la investigación se realiza, no en nuestros confortables consultorios, sino en instituciones para des-

amparados o infractores de la ley. b) Que optamos por un abordaje grupal con una estrategia que pretende adaptarse a las circunstancias particulares. c) Que promovemos los intercambios con otros profesionales y actores sociales vinculados a esta problemática. d) Que la reflexión se hace sobre un recorte de la marginación (los jóvenes institucionalizados) que nos inhibe de cualquier generalización.

Los "Grupos de palabra", así llamamos al instrumento inventado, se sustenta en teorizaciones referidas a lo grupal como estructurante del psiquismo y como matriz socializante, y al ejercicio de la palabra en su posibilidad subjetivante y facilitadora de intercambios. También pretende ser un instrumento de mediación entre el impulso y el pasaje al acto.

La finalidad es abrir a la reflexión la vida en los márgenes y en el encierro. En ese espacio grupal, se da lugar a las inquietudes de los muchachos sin temas propuestos por la coordinación y sin tomar resoluciones o medidas concretas.

Habilitar ese espacio favorece el encuentro, promueve el pensamiento y la escucha, y va desentrañando, más allá de la anécdota, los ejes de una trama discursiva que se teje grupalmente sin enjuiciamientos.

El intercambio entre pares es humanizante en una doble vertiente: pueden sentirse constituyendo un grupo y tejer un 'nosotros' que los contiene, los trasciende y donde es posible a la vez discriminarse tolerando las diferencias en una relación de horizontalidad. A partir de ahí, pueden dejar que afloren sus miedos, sus sueños, sus proyectos, sus deseos, sus angustias y pueden pensar sus actuaciones, etc. Creemos que esta posibilidad de reflexión sobre sí mismos en un contexto de intercambios, promueve una socialización más madura, ayuda a romper la repetición de destinos, y abre caminos para sostener proyectos de futuro constructivos para el adolescente y para la comunidad.

Las dificultades para conformar y sostener los grupos en estas circunstancias, se deben a la gran movilidad de la población (libertades, traslados, ingresos, sanciones, fugas, etc.), a la ausencia de una demanda, a la imposibilidad de aplicar criterios de selección en la medida en que ya están "seleccionados" por el sistema, a la resistencia institucional a la privacidad de los grupos, etc. Estas características dan especificidad a nuestros Grupos de Palabra y los hacen no homologables a otros modelos de trabajo grupal.

## **Ser niño y ser joven**

Pensemos nuestro tema a partir de un par de preguntas simples.

### **La primera. ¿Qué es ser niño?**

La pregunta genérica va a la búsqueda de algún universal o elemento básico de la condición de niño aquí y en cualquier lugar del mundo, a sabiendas de que no es lo mismo un niño en Uruguay que en Biafra o Afganistán y tampoco en barrios montevideanos tan opuestos como “El Borro” o “Carrasco”, por ejemplo. Niño, dicho a secas, sobre todo si refiere a los primeros tiempos de la vida, implica necesariamente un entorno esencial para la vida y no seres autónomos y responsables de sus actos como los adultos. En nuestra cultura, ese entorno necesario, será la madre o un sustituto, un grupo familiar o una institución que lo sostenga el tiempo necesario. “Niño” no existe sin los cuidados del ambiente, ni siquiera en tanto ser biológico. Basta evocar los desarrollos de Winnicott y Spitz para no abundar en este punto.

¿Cuál es, a su vez, el sostén mínimo necesario para el nacimiento a la cultura, esto es, para acceder a la condición de sujeto? Ese otro “nacimiento” que implica una filiación con la asignación de un nombre que lo hace hijo de, etc. requiere bastante más que la biología y da un sentido pleno a la niñez como concepto. ¿Cómo se forjan “sujetos” en las coordenadas sociales actuales? Esa es la primera pregunta que nos planteamos.

En nuestra sociedad, la pobreza, la desintegración familiar, la ausencia o falla de los cuidados amorosos esenciales, la violencia intra y extrafamiliar, la insatisfacción de necesidades básicas, atentan contra esa matriz socializante imprescindible del humano, generando deficiencias severas en sus posibilidades materiales y de desarrollo psicoafectivo. Pero además, no se trata de consignar solamente las deficiencias, lo que sería marcar las carencias en relación al modelo de desarrollo psíquico que nosotros consideramos normal. El desafío es además escuchar, analizar y comprender la producción de subjetividades alternativas que rellenan o disimulan (mal o bien) esas faltas o diferencias, y entender la lógica interna de su funcionamiento.

Cuando decimos niño abandonado, niño de la calle, menor infractor o delincuente por ejemplo, ya estamos señalando la construcción de una subjetividad alternativa que desconocemos y que teñimos con alguna cali-

ficación moral o psicopatológica que implica una construcción social y que condiciona la mirada sobre el sujeto. Tenemos que hacer visible las omisiones y responsabilidades (no del niño precisamente) que se ocultan detrás de las calificaciones y vulneran radicalmente sus derechos fundamentales. No sólo ver el déficit, no sólo calificar descalificando, sino incluir lo nuevo en relación a sus contextos (lo intersubjetivo y transubjetivo), tan determinantes en la niñez y la adolescencia. Sólo así podremos entender la nuevas subjetividades y las causas profundas de sus conductas.

En el otro extremo del espectro, la sociedad hegemónica no los reconoce como integrantes de la institución “niñez” en tanto no encajan en el imaginario forjado a lo largo de todo el siglo XX, hecho de docilidad, fragilidad e inocencia<sup>2</sup>. En realidad, a estos niños “distintos”, la sociedad no los piensa ni los comprende. Los demoniza, les teme, los estigmatiza como irrecuperables, desviados y futuros delincuentes, los persigue, los margina, los excluye, los juzga y los institucionaliza. En algún período infame de la historia de América Latina, incluso algún país los eliminaba. Por tanto, parte del problema de la marginación infantil y juvenil pasa por la necesidad de pensar el funcionamiento de los actores sociales que tienen que ver con el problema, ya sean individuos o instituciones. La policía, la justicia, las instituciones para la minoridad, la prensa, la opinión pública, la academia, etc. Todos estamos involucrados de una u otra manera.

### **La segunda pregunta sería ¿qué es ser joven?**

No definimos juventud por la edad, ese tiempo que va de la adolescencia hasta la autonomía económica, porque no sería más que delimitar un período de la vida.

Pensando también en términos de algún supuesto universal que la defina, recurrimos al concepto de “moratoria” que permite incluir las diferencias sociales y culturales y definir juventudes según momento, lugar, conflictos generacionales, etc.

Moratoria antes que nada, alude al excedente de energía y posibilidades materiales del cuerpo joven como condición general. A ese núcleo duro del ser joven se lo llama “moratoria vital”. Una potencia que los hace ajenos a la idea de la muerte, que se asocia con la temeridad, con conduc-

tas riesgosas o aún autodestructivas, con excesos, y hasta en el caso de que la muerte sea una posibilidad, a valorarla positivamente antes que envejecer. Esa moratoria vital, ese beneficio, se integra y subjetiva en lo sociocultural del ser joven en la “moratoria social”, que implica ciertos signos que conforman la estética de “lo joven”.

Desde mediados del siglo XIX y producto del auge de la sociedad industrial, esa moratoria social en el joven, ese “*plazo que se otorga para solventar una deuda vencida*”, o “*la disposición que difiere el pago de las deudas civiles*”<sup>3</sup>, por lo menos para ciertos sectores, es sinónimo de “*posibilidades abiertas*”, de “*tiempo legítimo para el estudio y la capacitación*”, un tiempo para la “*postergación de responsabilidades como el matrimonio y la independencia económica*”, un tiempo de “*especial tolerancia para “vivir sin angustias ni responsabilidades”*”según Margulis<sup>4</sup>.

Evitemos caer en la banalización de “lo joven” como situación fácil de postergación de responsabilidades, recordando ciertos rasgos fuertes heredados del tránsito adolescente y de la reestructura subjetiva que ella implica: la inmadurez social relativa, la falta de experiencia, la preparación para la transición efectiva a la vida adulta, la separación del hogar paterno, la elección de destino, el ejercicio pleno de la sexualidad con el otro, la construcción de pareja, los hijos, la formación, la inserción laboral y social frente a la desigualdad de oportunidades, los conflictos generacionales, etc. También es bueno no olvidar como dice el argentino Margulis<sup>5</sup> evocando la guerra de las Malvinas, que “*existen en la vida social formas de muerte que se ensañan con los jóvenes: son los reclutados por los ejércitos, los que libran las guerras, la carne de cañón*”.

Si nos atenemos a las definiciones de moratoria antes señaladas, lo joven sería un privilegio sólo de ciertas clases sociales y culturas. En la marginación social extrema es de presumir que habría juventud apenas por la edad o simplemente nunca serían jóvenes. ¿Niños eternos? ¿Se puede hablar de moratoria en los jóvenes de los márgenes? ¿Puede hablarse de moratoria social cuando no hay tiempo para elegir y prepararse, o más aún, cuando no hay qué elegir ni cómo prepararse? ¿Será posible pensar que puedan procurarse el tiempo y el espacio para vivir alguna forma de especial tolerancia para resolver su vida? ¿Podrá la moratoria social ayudarnos a entender las formas de socialización alternativas?

“*Sociedad de clases, diferencias económicas, sociales, políticas, étnicas, raciales, migratorias, marcan profundas desigualdades en la dis-*

tribución de recursos, con lo cual la naturaleza misma de la condición de joven en cada sector social se altera<sup>6</sup>. Silvia Sigal<sup>7</sup> dice que “en América Latina, a diferencia de Europa donde sería más amplia, la “juventud” está casi reservada para los sectores medios y altos, que pueden acceder a la educación superior y la moratoria en toda la plenitud del término”. Y Margulis agrega: “los integrantes de los sectores populares tendrían acotadas sus posibilidades de acceder a la moratoria social. No suele estar a su alcance el lograr ser joven en la forma descripta: deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo – a trabajos más duros y menos atractivos –, suelen contraer a menor edad obligaciones familiares, carecen del tiempo y del dinero para vivir un tiempo más o menos prolongado con relativa despreocupación y ligereza” Y el tiempo libre “se constituye a través de la frustración y la desdicha” porque, si es producto del paro forzoso, “no es festivo, no es el tiempo ligero de los sectores medios y altos, está cargado de culpabilidad o impotencia, de frustración y sufrimiento”.

A mi juicio, la moratoria social, si implica “despreocupación y ligereza”, no existe en la pobreza tal como dice el autor citado y más aún, en el caso de quedar al margen del mundo del trabajo o cuando esa palabra se usa para designar cualquier actividad que provea algún dinero. Es cierto que se genera un tiempo más o menos artificial de aparente despreocupación irresponsable a causa de la frustración, la culpa, la impotencia y la desdicha. Esa situación afectiva y social extrema, tiñe muchas veces de resentimiento y agresividad el comportamiento social.

### **Algunas preguntas desde el Psicoanálisis**

Hemos deslizado a lo largo de estas primeras reflexiones consideraciones nada ingenuas como desafío para pensar desde el Psicoanálisis. Ya afirmamos que abordamos nuevas subjetividades al estudiar la marginación social y creemos que en este sector de la sociedad, los campos intrasubjetivos, intersubjetivos y transubjetivos se intrincan y se condicionan más fuertemente que en el resto de los niños y adolescentes.

Mencionamos al comienzo la crisis en la función simbólica del Estado y el tema del poder, no para incursionar en una sociología casera sino para incluir los diferentes niveles institucionales que inciden en la caduci-

dad de dicha función para la estructuración subjetiva. Bastará un ejemplo simple. Si la ley de un Estado concede a una institución el derecho a sacar un niño de la tutela familiar para ampararlo o protegerlo, esa institución (y el Estado a través de ella) asume de hecho las obligaciones de la Patria Potestad sobre ese niño, esto es, cuidados, educación, valores, etc. Ejerce ese derecho que la ley le confiere (muchas veces con rigor excesivo), ¿pero cumple con la obligación que esa misma ley le impone de amparar y proteger o repite, a veces amplificado, el daño del que pretende preservar al sujeto? Conste además que no pensamos solamente en las instituciones específicas de amparo y rehabilitación, también en estos tiempos de crisis sociales severas, están en crisis otras instituciones como las de enseñanza, las de la salud, etc.

En el extremo del espectro de las formas de “tutela” institucional del Estado como es el caso de la privación de libertad, no hay rehabilitación posible. Se sabe desde hace años que las cárceles no rehabilitan. Basta repasar a Foucault<sup>8</sup> por ejemplo. Además, ese fracaso en la función rehabilitadora de las instituciones carcelarias, opera en el cuerpo social como un saber no sabido (y no pensado).

En la sociedad actual, con la pretensión de imponer como modelo hegemónico al sujeto postmoderno que definimos más arriba, los comportamientos sociales predominantes sugieren un imaginario salvaje y binario donde rige la ley del más fuerte y donde se corre detrás de una plétora que niegue la falta. Por tal razón, la reconstrucción de la trama social a través de la recreación de estructuras comunitarias alternativas a las existentes y la recreación modificada de las tradicionales, es una vía nueva que la sociedad cultiva para reconstruir un registro simbólico donde operen la Ley (con mayúsculas), el derecho, etc. Los Grupos de Palabra son para nosotros una de esas vías posibles. Encarnan la utopía de una socialización nueva dentro de tanta regresión social.

Volviendo a los nuestros jóvenes, vemos que la internación fomenta regresiones severas como derrumbes psicóticos, depresiones de todo tipo, retracciones afectivas, intentos de autoeliminación, etc. Los mecanismos de defensa más habituales, son los clivajes, las negaciones maníacas, tendencias autodestructivas, impulsiones, agresividad contra otros o contra si mismo, abuso de drogas para anestesiar el dolor psíquico, etc. La cárcel, en un círculo vicioso infernal entre la ley y la infracción, ubica con una certeza incuestionable el mal en el joven preso y el bien en el carcelero que



protege la sociedad. Esta oposición caricatural y extrema habilita sin culpa y en ambos bandos, el uso y abuso del poder más arbitrario que se disponga. Un carcelero golpea sin mediar razón alguna para que el otro sepa quien manda, un chico impotente ante la arbitrariedad y lleno de rabia se hace cortes en los brazos, un destrato cualquiera genera un motín donde alguien sale lastimado, etc. ¿Puede iniciarse algún proceso rehabilitador en esas circunstancias? Sin duda no. Pero a pesar de ello, la experiencia con los Grupos de Palabra nos permite arriesgar alguna hipótesis que abre un camino a la esperanza.

Los mecanismos psíquicos arcaicos como los citados, son un recurso habitual en la privación de libertad pero también los encontramos en la vida cotidiana de estos muchachos. En tanto no olvidemos como dice Effron<sup>9</sup>, que estamos en el campo del sufrimiento mental y no en el de la patología mental, podemos plantear que no son patrimonio (casi) exclusivo de ciertas estructuras psicopatológicas. A pesar de su uso habitual, tienen características distintas de las que vemos en los cuadros psicopatológicos severos. Son en todo caso, formas de funcionamiento psíquico idóneas para obtener ciertos “beneficios” y sobre todo para preservar la vida. Cuando se les cuestiona lo irreflexivo de ciertos actos responden que detenerse a pensar, es el riesgo de perder la vida. “Si pienso soy boleta” es la frase habitual. A pesar que los efectos de la desmezcla pulsional (o la mezcla nunca lograda del amor y el odio, sería mejor decir) pone en escena comportamientos hetero y autoagresivos donde predomina la destructividad, vemos aparecer la fuerza de la pulsión de vida. Esos mecanismos profundamente narcisistas, comparten espacio psíquico con la capacidad de desear, amar y preocuparse por el prójimo (libido objetal), siempre que sea en un entorno protegido y con alguien significativo. Defienden y respetan a la madre en general, se preocupan y angustian por las compañeras y por los hijos cuando existen. Pero además, y a mi juicio lo más importante y significativo, es que a poco de sentirse escuchados y comprendidos dejan aflorar su vulnerabilidad, su indefensión, una afectividad intensa, la necesidad de recibir cosas cualquiera que sea como prueba de amor, la necesidad de ser pensados por otros, etc. En esas circunstancias, el funcionamiento psíquico muestra mecanismos mucho más elaborados de integración, de síntesis, de mediación y de consideración por el otro, como si estuviesen disponibles para quien se ofrezca a escucharlos. Aquellos mecanismos que nos evocan siempre trastornos psicopatológicos

más o menos severos y que nos inducen a caer fácilmente en diagnósticos de psicopatía o sociopatía, parecen ser en ellos los más adecuados para lidiar con la vida que les tocó en suerte. Lo principal lo dijo una adolescente de un Hogar que visitamos al comienzo de la experiencia: *“Vengan a conocernos por lo que somos y no por lo que dicen que somos”*.

*Lo que estos niños y jóvenes son, lo debemos descubrir entonces dejando de lado nuestras valoraciones y prejuicios. Dos ejemplos. Un joven de 16 años, sin familia, criado en Hogares del INAME y en la calle, deja embarazada a su compañera. Cuando se le pregunta que piensa de eso responde, con la alegría pintada en la cara; “Es algo lindo que me pasó en la vida”. Muy posiblemente está hablando de un futuro niño abandonado, otro más, pero para él se trata de una reafirmación fuerte de un identidad precaria. Es ser alguien no por edad, barrio de procedencia y delito cometido, como se presentan habitualmente, sino ser alguien por ser padre y tener algo muy valioso que no va a dejar de ser suyo, un hijo. El otro ejemplo. “Mi hermano ‘hizo’ 25.000 pesos. Me compró ropa, se compró ropa él, le compró ropa a mi madre, fue al Supermercado y llenó un carro (hace un gesto ampuloso con las manos describiendo un semi-círculo imaginario sobre el carro). Con eso hay para rato en mi casa”. Este chico está feliz en la entrevista. Ya no está vestido apenas con una remera de hilo, un short y unas “romanitas” en pleno invierno, en un hogar de internación helado y además, la familia va a tener para comer. No hay lugar para la noción de delito, propiedad privada, etc.*

A partir de la falla de la matriz socializante en el niño y el adolescente marginal, nos planteamos sus efectos desde dos puntos de vista; como déficits y como producción de subjetividades alternativas al desamparo. El desafío es comprender las conductas que compensan esos “vacíos”. No sólo la plasticidad y posibilidades de cambios del adolescente obligan a postergar los diagnóstico de estructura, como bien dice Marty<sup>10</sup>. También exige los mismos cuidados y postergaciones el juicio de las conductas excesivas, antisociales o aún aberrantes, las que deben ser entendidas en un contexto determinado y como síntomas de un conflicto interior. Juzgar desde la “verdad” de nuestros referentes teóricos y sociales crea la ficción errónea de un puro imaginario de violencia y falta de límites y evoca la virtualidad precultural de la horda primitiva freudiana. Pero cuando un chico preso ruega por una licencia de algunas horas para visitar a un padre o a un hermano mayor preso o cuando otro roba casas en el centro desde

que se enteró que el padre que lo abandonó vive en ese barrio, vemos operando en él, modelos, ideales, referentes identificatorios fuertes para emular o repudiar, conflictos, etc. Es decir, el desafío es “leer” los rasgos dominantes y la génesis de las figuras significativas (objetos internos) y los valores (estructuras ideales) de estos chicos, que seguramente no son los de nuestra cultura, pero que tienen su lógica y su articulación.

¿Cómo imaginar y entender, en la precariedad material y afectiva o en la falla de figuras de referencia, el tránsito gradual de la dependencia extrema del nacimiento a la independencia, la elaboración y ligadura necesarias de los sentimientos de amor y odio para conformar objetos internos más maduros y estables, las identificaciones, la construcción de ideales, la estructuración del superyo-ideal del yo, etc.? ¿En base a qué se desarrollarían las capacidades de simbolizar, de imaginar, de crear, de jugar, de pensar, de aprender?

El fracaso en el tránsito hacia la independencia propicia dependencias exageradas y alienantes, conductas reactivas de falsas independencias, etc. Una elaboración fallida de la polaridad amor-odio puede inducir comportamientos violentos sin mediación de matices y una tendencia a la acción directa y explosiva. En el peor de los casos, la búsqueda (fallida) de contención y límites lleva a la repetición estereotipada de conductas autoagresivas y aún a la muerte psíquico o real por la imposibilidad de sostener la propia existencia. La desmezcla pulsional empuja a la autodestrucción si no hay otro que ayude a la mezcla del amor y el odio. Los objetos internos en general arcaicos y los vínculos internalizados en relación a ellos están seguramente en la base de las dificultades en la simbolización, en la relación paranoide con el mundo, en la necesidad compulsiva de poseer cosas concretas, en las conductas adictivas, en vivir al día, etc. Es que, a partir de las fallas y carencias, estos desamparados desarrollan sus propias estrategias de vida y buscan en la sociedad por la vía que sea, no les queda otra, la satisfacción de sus necesidades más básicas y la reivindicación de lo que al fin y al cabo son sus derechos. Esas estrategias, incluyen en su apariencia general, la negación maníaca del desamparo primordial, del dolor y del miedo. El vagabundeo, la mendicidad, el consumo de sustancias, el pandillismo, el delito, la violencia, son al fin y al cabo defensas que encubren la necesidad de comprensión, amor y cobijo bajo una apariencia indiferente, autosuficiente o desdenosa y que encubren también las tremendas fallas narcisistas de base. Pero descubri-

mos que no son modos únicos y estereotipados de reacción salvo frente a la sociedad que los expulsa y los niega. Muchachos con historiales a veces terribles, ruegan como niños el regalo de un lápiz, una hoja, un anillo de fantasía no más que para recibir algo del otro. Ese gesto mínimo, (“¿qué le cuesta doña?”), es la prueba de la necesidad de ser investido de amor aunque sea un poco.

Más arriba nos preguntamos si la imposibilidad de disfrutar de una moratoria nos pone frente a niños eternos en el mejor de los casos. Por los comportamientos que hacen síntoma en la sociedad y por las disponibilidades subjetivas que vemos cuando podemos acceder, aunque sea en parte, a la intimidad de estos desamparados, es pertinente plantear la situación global en términos de conflicto social. La sociedad los juzga por sus acciones como adultos responsables y pretende que se enmienden o los castiga por no hacerlo. La reiteración de las (in)conductas los despeñará seguramente en las calificaciones sicopatológica o de irrecuperabilidad. Ellos por su parte, apelan a los recursos disponibles para reivindicar sus derechos a ser y tener cosas y ponen en juego su odio agrediendo y ofendiendo a la sociedad que les niega un reconocimiento. Es quizás esta forma de mirar en primera instancia el conflicto entre la sociedad y la población infantil y juvenil marginadas, una de las razones para condensarlo en esa denominación de hombres niños.

### Referencias Bibliográficas

- 1.- LEWKOWICZ, I; *Ley jurídica, ley simbólica, ley social.*
- 2.- COREA, C, LEWKOWICZ, I; *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*, Ed. Lumen
- 3.- *DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA*
- 4.- MARGULIS, M; *La juventud es más que una palabra*, Ed. Biblos
- 5.- MARGULIS, M; Op.cit.
- 6.- MARGULIS, M; Op.cit.
- 7.- Citada por Margulis, M.
- 8.- FOUCAULT, M; *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores.

9.- *EFFRON, R*; Comunicación personal.

10.- *MARTY, F*; *El crimen en la adolescencia o la ruptura del vínculo (ligazón)*